

PUNTOCH UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
BIBLIOTECA
COMPRA

Virgilio Piñera
Teatro
completo

Compilación, ordenamiento
y prólogo de Rine Leal

BIBLIOTECA DE LITERATURA CUBANA



Edición: Ana María Muñoz Bachs
Diseño de cubierta: Alfredo Montoto Sánchez
Ilustración: *Los testigos* de Yonny Ibáñez
Corrección: Sonia Carreras Jaime
Composición computarizada: Jorge Aguilera del Valle

© Herederos de Virgilio Piñera, 2002
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0783-3

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu

EL FLACO Y EL GORDO

PERSONAJES

FLACO
GORDO
SEGUNDO FLACO
SIRVIENTE
MÉDICO

ACTO ÚNICO

ESCENA I

Un cuarto en un hospital. Dos camas, dos sillas, una mesa. Al levantarse el telón, el Flaco, en pijama y con la pierna derecha enyesada, está sentado en el borde de la cama. Se mira la pierna.

FLACO. ¡Cuándo me quitarán este cochino yeso! *(Pausa.)* Esta gente se figura que las cosas son muy fáciles... *(Pausa.)* ¡Claro, muy lindo tenerme con la pierna enyesada! Parece una columna. *(Pone rígida la pierna.)* ¡Y mientras el palo va y viene, yo vivo del aire! *(Pausa.)* Pensar que todavía tengo que aguantar un día más. *(Pausa.)* Por robarme una gallina me partí la pata. Pensé matar el hambre vieja en este hospital, pero está visto que tengo mala suerte. *(Pausa.)* A la verdad que tengo una suerte de perro: iba tirando de lo mejor con las gallinas. Bueno, me parto la pata, por poco me cogen con las manos en la masa —menos mal que a la gallina se le ocurrió esconderse—, y encima de todo eso me matan de hambre. Si sigo enflaqueciendo sacarán de aquí mi esqueleto. *(Vuelve a mirar la pierna.)* ¡La única que no enflaquece eres tú...! ¡Cabrona! *(Pausa. Se levanta, va hacia la otra cama, levanta la sábana, toca el colchón.)* ¡Claro, puesto que a ese gordo, como tiene

guano, le pusieron colchón! (Pausa.) ¡No sé para qué rayos quiere el colchón! Con la grasa que tiene... (Pausa.) Y se me clava; lo tengo parado aquí, en la boca del estómago... Con su finura y todo. (Imita al Gordo.) ¿Cómo amaneció? ¿Me hace el favor? ¿Va mejor su pierna? Mi brazo ya no me duele, pero por lo que pueda suceder, iré con el masajista. (Se sienta en una de las sillas.) ¡Ese gordo es la misma muerte! ¡Y qué manera de comer! (Pausa.) Se manda cada filete que da gusto. El que tiene, tiene... (Pausa.) Y yo tragando la bazofia que dan aquí, y sin un salao quilo para comprar nada. (Pausa.) Bueno, a quien Dios se lo dio... (Pausa.) Ese gordo nació de pic.

Entra el Gordo. Doscientas libras, gran barriga. Unos treinta años. Brazo izquierdo enyesado. Viste pijama de seda floreado. Ríe atronadoramente.

FLACO. ¿Se puede saber qué pasa? (Nuevas y más estentóreas carcajadas del Gordo, que finalmente se desploma en la otra silla.) Se te va a romper la vena del pescuezo... Eso mismo le pasó a un tío mío. Cayó redondo y más nunca volvió a reírse.

GORDO. (Parando de reír.) Es que ese mediquito cree saberlo todo... (Pausa.) ¿Sabe usted lo que vino a decirme, a mí, que soy experto en comidas?

FLACO. (Haciendo un mohín de disgusto.) ¡Ya salió eso!

GORDO. (Con tono burlón.) ¿Repugnancia con el dulce...?

FLACO. Es que te pasas el santo día con la comida en la boca.

GORDO. Tengo los billetes suficientes para adquirirla. No tengo la culpa que mi padre me dejara una fortunita. (Pausa.) Pues ese mediquito jura y perjura que la carne con papas lleva..., tocino. ¡Tocino! ¡Cielo santo! ¡Nada menos que tocino!

FLACO. Hace rato que no como carne con papas...

GORDO. Nadie se lo ha preguntado. Yo no he dicho que usted pase años enteros sin comer carne con papas, lo cual, por otra parte, es de muy mal gusto. Lo que yo he dicho...

FLACO. (Lo interrumpe.) Después de todo, no creo que el tocino... Se puede sacar del plato.

GORDO. (Estallando.) ¡Pero, bruto! Y el gusto, el sabor... Está visto que usted no entiende media palabra de arte culinario.

FLACO. Lo único que yo sé es que tengo hambre vieja.

GORDO. Cualquiera diría que las autoridades de esta casa hospitalaria lo dejan sin comer. (Pausa.) Si mis ojos no me engañan, el sirviente le trae su almuerzo a las doce y su comida a las seis. (Pausa.) Ahora bien, si no le basta con la generosa ración que ofrece, gra-tui-tamente, el hospital, entonces haga como yo: pida a la carta.

FLACO. ¡Pida, pida, pida...! Pida por esa boca... (Pausa.) Con qué se sienta la cucaracha.

GORDO. (Impasible.) Pues voy a pedir carne con papas para el almuerzo. ¿Qué hora es?

FLACO. Mañana, lo mismo que hoy... Hoy, lo mismo que ayer...

GORDO. No he preguntado ni por hoy ni por mañana. (Pausa.) ¿Qué hora es?

FLACO. Sopa aguada, harina y boniatos.

GORDO. ¿Qué hora es?

FLACO. No falta mucho...

GORDO. Eso es... No falta mucho. (Pausa.) Veamos qué me pide hoy el estómago. (Se toca el estómago.) ¿Qué te gustaría almorzar?

FLACO. Yo digo que no falta mucho para mi salida del hospital.

GORDO. Exactamente, ¿cuántos días?

FLACO. Uno. (Pausa.) Dentro de un día me dan el alta.

GORDO. ¿Espera comer mejor en la calle?

FLACO. Si me coloco.

GORDO. Si me coloco... Si me coloco... (Pausa.) Es malo concebir esperanzas. Viene el batacazo, ¡qué palabreja! Uno se queda como un pollo mojado...

FLACO. (Pensativo.) O como una gallina.

GORDO. ¡Qué más da! Gallina o pollo mojado, uno se queda..., agado. (Se ríe.)

FLACO. Pero no puedes quejarte: dinero, comida, masajes... Supongo que también mujeres...

GORDO. ¡Vino, comida y mujeres! Le extrañará que no diga: vino, música y mujeres... La música no es comestible. (Pausa.) Seguro, seguro que usted se rompió la pierna tratando de atrapar uno de esos pollitos...

FLACO. No era un pollo, era una gallina.

GORDO. ¡Anjá! Conque le gustan las viejas... Bueno, sobre gustos no hay nada escrito. (Pausa.) Sin ir más lejos: mi amigo Pedro se acaba de casar con una vieja de sesenta años. Sesenta contra veinticinco. (Pausa.) El otro día la llevé al dentista. Hubo trompadas y todo.

FLACO. No entiendo.

GORDO. El dentista le dijo a mi amigo que cuidara mucho a su mamá. ¡Imagínese! Decirle eso a un recién casado.

FLACO. Cada uno que se las arregle como pueda. Yo tengo que pelarla muy duro. A mí nadie me da nada.

GORDO. (Acercándose al Flaco.) ¿A qué viene esa descarga? Le estoy contando lo del dentista y me sale con otra cosa.

FLACO. Yo sé lo que me digo... (Pausa.) ¿Qué me espera al salir de este hospital?

GORDO. Si no es más que eso, desprecúpese: lo que está para uno...
(Pausa.) Bueno, la conversación es muy grata, pero se acerca la hora del almuerzo. Tengo que meditar el menú. *(Pausa.)* ¿Quiere hacerme un favor?

FLACO. Hace diez días que dices lo mismo. Te hago el favor, me rompo la cabeza combinando platos, y al final es tu lista la que gana.

GORDO. Todo tiene su explicación. Si usted redacta varios menús, a la hora de sentarse a la mesa tendrá un apetito devorador...

FLACO. *(Lo interrumpe.)* Pero...

GORDO. Por favor, ¿puedo continuar? ¿Sí? Gracias. *(Pausa.)* Además, reservo sus listas para mejor ocasión. No crea, su gusto no es malo del todo. Eso sí, no le perdono lo del tocino en la carne con papas.

FLACO. *(Se acerca al Gordo de manera que ponga su boca junto al oído de éste.)* ¿Tiene mucha hambre hoy?

GORDO. Devoradora.

FLACO. *(Haciendo gestos de desaliento.)* Siempre la misma cosa. Nunca estás desganado. *(Pausa.)* ¿Vas a pedir doble ración?

GORDO. ¿Qué se figura? Soy una persona bien nacida. Nunca repito un plato. Si el Maestro escuchara estas cosas...

FLACO. ¿Quién es el Maestro?

GORDO. Un comilón como no hay dos. Pero un comilón de platos finos. Yo no, yo como cualquier cosa. La cuestión es llenarse. Claro, dentro de eso tengo mis limitaciones: no repito, no como pata y panza y tampoco rechazo lo bueno si me lo ofrecen. Pero compararme con el Maestro...

FLACO. Ya tengo un menú.

GORDO. *(Carraspeando.)* Veamos.

FLACO. *(Meditando antes de hablar.)* Sopa de pescado...

GORDO. Hmmm.

FLACO. ¿No te gusta la sopa de pescado?

GORDO. No he dicho esta boca es mía.

FLACO. Bueno, sopa de pescado. Carne ripiada, plátanos maduros, ensalada de aguacate, arroz blanco, casquitos de guayaba y queso crema.

GORDO. *(Haciendo una mueca de asco.)* Es un menú tan repugnante, que si el Maestro lo escucha se muere de susto. *(Pausa.)* Así que sopa de pescado y después carne ripiada... *(Pausa.)* El hambre vuelve loco a cualquiera.

FLACO. Pues yo me comería todo eso sin chistar.

GORDO. Le tengo dicho y redicho que cuando redacte un menú no se inspire en sus bajos apetitos. Sea como una máquina que adivine mis pensamientos. *(Pausa.)* A ver, ensaye de nuevo.

FLACO. *(Meditando de nuevo.)* Será mejor que no siga. No estoy de suerte hoy. *(Pausa.)* Además, no vale la pena. Nunca me aceptas un menú.

GORDO. ¡Vamos, hombre! No se desconsuele. *(Pausa.)* Le prometo que aceptaré uno de sus menús. ¡Fe y adelante!

FLACO. Carne con papas...

GORDO. Es una idea fija. *(Pausa.)* Pero no voy a hacer cuestión. ¡Adelante! Carne con papas... ¿Qué más?

FLACO. *(Histórico.)* ¡Carne con papas, carne con papas, con papas! *(Se echa a llorar.)*

GORDO. *(Encogiéndose de hombros.)* No entiendo nada. *(Pausa.)* De manera que un plato sabroso e inofensivo como es la carne con papas provoca en usted un acceso de llanto. Francamente, no entiendo nada de nada. *(Pausa, le da palmaditas en el hombro.)* ¡Vamos, ánimo! Prosigas... Fe y adelante.

El Flaco se ha dejado caer en una silla y oculta la cara entre las manos. En el momento en que el Gordo se acerca al Flaco haciendo con la boca el ruido característico de la desaprobación entra un sirviente del hospital llevando un lápiz en la oreja y un pedazo de papel en la mano.

SIRVIENTE. *(Saludando con respeto al Gordo.)* Buenos días, señor. ¿Qué comemos hoy?

GORDO. *(Abriendo los brazos.)* ¡Pues carne con papas! ¿Qué otra cosa podría comer? *(Pausa, mira al Flaco, vuelve a hacer el sonido de desaprobación.)* Suspenda la carne con papas... Convertiríamos un almuerzo placentero en un acto lacrimoso. Sería la primera vez que mezclaríamos la carne con las lágrimas.

SIRVIENTE. *(Confundido.)* ¿Qué pasa?

GORDO. En realidad no pasa nada, pero la gente se las arregla para que parezca que pasan muchas cosas.

SIRVIENTE. Entonces la carne con papas...

GORDO. *(Terminante.)* No va. *(Vuelve a mirar al Flaco.)* No se siente bien del todo.

SIRVIENTE. Puedo traerle un poco de bicarbonato.

GORDO. *(Con tono doctoral.)* ¿Bicarbonato? ¿Para qué? Tiene un estómago de piedra. Si lo viera comer...

FLACO. *(Saca la cabeza de entre los brazos y mira tristemente al Gordo.)*

GORDO. Mirada de carnero degollado... *(Pausa.)* A propósito, me gustaría una pierna de carnero para el almuerzo. *(El Sirviente se dispone a anotar, pero el Gordo lo interrumpe.)* La dejaré para la comida.

(*Se pone a pensar.*) A ver, a ver... ¿Qué pediré? (*Pausa larga.*) ¡Ya está: arroz con pollo, frituras de seso, ensalada de pepinos y flan. (*Al Flaco.*) ¿Alguna objeción?

FLACO. (*Mueve negativamente la cabeza. Pausa. Al Sirviente.*) A mí me da lo mismo.

SIRVIENTE. (*Soltando la carejada.*) Hoy tenemos yuca hervida...

GORDO. (*Estallando.*) ¡No puedo verla! (*Al Sirviente.*) Por favor, suspénda la yuca. Traigale boniatos.

FLACO. Pero...

GORDO. No hay pero que valga... Usted hace cuestión de todo. ¿Qué más da boniatos que yuca?

FLACO. Por eso mismo...

GORDO. Por eso mismo y por lo otro el mundo está como está. (*Al Sirviente.*) Ya oyó: ¡boniatos! (*El Sirviente inclina la cabeza, suelta una risita burlona y se va.*)

GORDO. (*Coge la mesa, la pone en el centro de la escena, después coge una silla y la coloca de modo que la persona que se sienta en ella quede de frente al público. Pone la otra silla a su izquierda. Al Flaco.*) Supongo que me hará el honor de sentarse a mi mesa.

FLACO. (*Creyendo que el Gordo lo incita realmente a participar de su almuerzo.*) ¿De verdad que me invitas? (*Pausa.*) Me gustan mucho las frituras de seso.

GORDO. No exactamente. Si le digo de sentarse a mi mesa es con el objeto de disfrutar del placer de su conversación durante el almuerzo. Usted comerá lo suyo y yo lo mío.

FLACO. Prefiero comer lo mío sentado en la cama.

GORDO. Si declina mi amable invitación perderá la oportunidad de probar las frituras de seso.

FLACO. Te puedes meter tus frituras por donde mejor te quepan. (*Pausa.*) No estoy hoy para el paso. Y no me hables, porque no voy a contestarte. (*Va hacia la cama y se sienta en el borde.*)

De nuevo entra el Sirviente. Se dirige a la mesa, pone el mantel, una servilleta, cubiertos, un salerò, aceitera, vinagrera, una cerveza, un vaso, palillos de dientes.

FLACO. (*Al Gordo.*) No hay pepinos. ¿Quiere ensalada de aguacate?

GORDO. Aceptado. Mientras no sea yuca.

El Sirviente se va.

FLACO. Aguacate maduro...

GORDO. Ya sabemos... Ya sabemos... Siempre con los chistes de mal gusto. (*Pausa.*) Todavía está a tiempo. No concibo que un hombre

civilizado prefiera comer solo en un rincón. Mi amigo, comer es tan sólo un pretexto. El verdadero placer radica en la conversación, en el cambio de ideas.

FLACO. ¿Cuántas frituras me darás si me siento a la mesa?

GORDO. Eso se llama chantaje. Una cosa es que de propia voluntad le ofrezca amablemente una friturita, y otra cosa es que pretenda extorsionarme.

FLACO. ¿Pero nada más que una friturita?

GORDO. Probar no es atracarse. Con una fritura basta y sobra para darse cuenta de que uno está deglutiendo un alimento que recibe el nombre de sesos.

FLACO. Claro, ancho para ti y estrecho para mí: yo pruebo una friturita y tú te metes una docena.

GORDO. Nunca trate de encontrarle la cuadratura al mundo. Es preciso no perder de vista la realidad: yo pago las frituritas, yo me..., meto, ¡Dios mío, qué palabreja!, las frituritas. Yo como, usted prueba. (*Pausa.*) En tiempos pasados los reyes tenían una persona encargada de probar los alimentos. Había el catador, el copero, el *sommelier*...

FLACO. Bueno, si no quieres darme las frituras, entonces dame la mitad del pollo.

GORDO. ¡Basta de bromas pesadas! Usted por su lado, yo por el mío. Eso sí, no venga después con humillaciones: «Deme la fritura, aunque sea un cuarto de fritura.» Al menos mantenga sus decisiones.

Entra el Sirviente llevando en una bandeja una cazuela de arroz con pollo, una fuente de frituras, la ensalada de aguacates y el flan. Además, una cestita con panes. Lo va poniendo todo en la mesa. Como obedeciendo a un impulso irresistible, el Flaco se acerca a la mesa.

GORDO. ¡Cuando lo digo! Conozco a mi gente. (*Al Flaco.*) Agradable conjunto, ¿no es cierto? (*Al Sirviente.*) No demore el pedido del señor.

SIRVIENTE. (*Sonriendo.*) Bueno, no hay sopa.

GORDO. ¡Magnífico! No hay sopa. (*Al Flaco.*) ¿Se enteró?

SIRVIENTE. Y no hay boniatos.

GORDO. ¡Colosal! No hay boniatos. (*Al Flaco.*) ¿Se enteró?

FLACO. Entonces traiga la yuca.

GORDO. ¿Yuca...? ¿Ha dicho yuca?

FLACO. Yuca.

SIRVIENTE. (*Mirando al Gordo. Pausa.*) ¿Qué hago?

GORDO. Sírvasela. Está en su derecho. (Pausa.) ¡Vivir para ver!

El Sirviente se retira. El Flaco vuelve a sentarse en la cama. El Gordo se sienta a la mesa, pero no empieza a comer. Hace ruido con los cubiertos. Pausa larga.

GORDO. (Dejando de hacer ruido. Huele el arroz con pollo.) Como para levantar a un muerto... (Al Flaco.) El olorcito, ¿llega hasta su cama?

El Flaco se echa en la cama con la cara contra la pared, y se tapa la cabeza con la almohada.

GORDO. Todos los caminos llevan a Roma... y los olores se meten en las narices a pesar de las cabezas tapadas con almohadas. (Pausa.) ¡Vamos, pichoncito mío, luz de mi vida! Entre amantes que se quieren de veras, estas nubes de verano ayudan al fortalecimiento de un amor impercedero.

Entra el Sirviente con la comida del Flaco. Al ver al Flaco en la cama se queda desconcertado. Mira al Gordo. El Gordo mueve la cabeza. El Sirviente, con la mano que le queda libre, hace señas al Gordo preguntándole dónde poner la comida del Flaco. El Gordo le indica que la ponga en el suelo a los pies de la cama. El Sirviente lo hace. Empieza a retirarse caminando de puntillas.

GORDO. No es necesario. Está más despierto que nosotros. Sólo que se hace el muerto para ver el entierro que le hacen... (Pausa.) Puede retirarse.

El Sirviente se retira.

GORDO. Bueno, almorzaremos solos. (Pausa.) Antes, y para que mi conciencia de caballero quede tranquila, dirijamos una última exhortación al Caballero de la Triste Figura... (Se levanta y llega hasta la cama del Flaco.) Una vez más le invito a acompañarme en el acto sacramental del almuerzo. (Pausa. El Flaco no se mueve.) Usted se lo pierde. Además, se comporta como un chiquillo malcriado. Su conducta es inexcusable. (Vuelve a la mesa, se sienta, toma la servilleta, se la anuda al cuello, coge los cubiertos, se sirve arroz con pollo de la cazuela, llena el vaso de cerveza, se frota las manos, pero no empieza a comer. Pausa larga. Coloca la fuente de frituras un tanto hacia la izquierda, cambia de posición la cesta del pan, separa la botella del aceite de la del vinagre, en fin, hace una serie de movimientos que explican su desasosiego.) ¡Listos para el abordaje! (Pausa, mira hacia la cama.) Sin embargo, falta algo.

FLACO. (Se quita la almohada, se pone boca arriba.) Falto yo, pero no cuentes conmigo. Me voy a comer mi bazofia y enseguida dormiré una siesta.

GORDO. (Respirando fuerte.) Sin duda es una excelente idea. Nada como la siesta después de un almuerzo copioso. (Pausa.) Por mi parte haré lo mismo. (Pausa.) ¿Sería tan amable de darme a probar su harina? Parece prometedora de dichas eternas.

FLACO. (Desconfiado.) ¡Pero si usted odia la harina!

GORDO. En efecto, la odio, pero de vez en cuando se tienen veleidades. (Pausa.) ¡Qué diablos! Uno es mortal al fin y al cabo... Llámelo como quiera a este capricho mío. Y si se empeña, hasta puede calificarlo de capricho de embarazada.

FLACO. Bueno, si te has encaprichado con la harina te la daré, pero yo también tengo mi capricho con las frituras de seso.

GORDO. Es justo. No se quedará sin probarlas. (Corta un pedacito de fritura, lo pincha con el tenedor, se levanta y lo lleva a la cama.) Acá la tiene. No dirá que no cumplo la palabra empeñada.

FLACO. (Se lleva la fritura a la boca, pero no la come.) Esto no es una fritura...

GORDO. ¿Y puede saberse qué es? ¿Una ballena?

FLACO. Es nada más que un pedacito.

GORDO. ¿Y qué quiere usted? Probar no es comer. Nunca se me ocurriría comerme su harina. (Pausa.) Pero, hombre, no problematice más y acabe por decirme si le gusta.

FLACO. (Resignado, come el pedacito de fritura.) Es tan chiquito que no le cojo el gusto.

GORDO. (Caminando de nuevo hacia la mesa, dice.) Le aconsejo hacerse ver por un médico... (Se sienta de nuevo a la mesa, pincha una fritura, se la mete en la boca y la deglute parsimoniosamente; hablando mientras va comiendo.) En cambio, yo sí le cojo el gusto: sabe a sesos, y hasta juraría que tiene su pizca de pimienta. Aunque la receta no la prescribe.

FLACO. (Se sienta en la cama.) ¿Por qué me aconseja que vaya al médico?

GORDO. (Pinchando otra fritura, mantiene el tenedor en alto. Mientras habla señala, con la mano izquierda, la fritura.) Porque, sencillamente, usted no tiene gusto, amigo mío. Su lengua no recoge los sabores...

FLACO. (Lo interrumpe.) Si me diera otro pedacito podría...

GORDO. (Lo interrumpe.) ¿Para qué? Sería inútil. Cuando el sentido del gusto no está atrofiado, por pequeño que sea el alimento que usted ha introducido en su boca, inmediatamente es captado y degustado.

(Pausa.) Bueno, no haga una montaña de su atrofia gustativa; peor sería haberse quedado ciego. (Pausa.) Claro que nadie entiende nada. Se lo digo porque el ciego cambiaría su ceguera por la atrofia del gusto, y el sordo querría ser mudo.

FLACO. Yo le cojo el gusto a todo.

GORDO. Pero, señor mío, usted le coge el gusto a todo sólo después de una ingestión copiosa. (Pausa.) Sepa usted que una comida es descifrable como un jeroglífico o como una notación musical. Por el olor, por la presentación, por el color, por...

FLACO. (Llegando hasta la mesa.) Deme una fritura.

GORDO. ¡De mil amores! (Le indica la silla.) Pero tome asiento. Si bien es cierto que el acto de comer una fritura no constituye una comida en sí, con todo, es una invitación al banquete. (Pausa.) Bien, le daré esa fritura, pero con una condición.

FLACO. Ya empezamos con las condiciones.

GORDO. En esta vida todo es condicional. (Pausa.) Si usted dice correctamente la receta para la confección de frituras de seso, le daré... ¡una fritura de seso!

FLACO. (Se sienta, carraspea, se agita en la silla.) Bueno... (Pausa.) Bueno...

GORDO. (Pinchando otra fritura y masticándola.) Le advierto que en dicha receta no aparece para nada la palabra bueno. (Pausa.) Adelante.

FLACO. (Revolviéndose más y más en la silla.) Las frituras de seso..., llevan...

GORDO. Eso es, comience por los ingredientes. Después explicará el método.

FLACO. (Siempre revolviéndose en la silla.) Bueno...

GORDO. (Estallando.) ¡Por favor! No vuelva a decir esa palabra. «Bueno» no es ninguna clase de alimento. (Pausa.) Prosiga.

FLACO. (Cierra la boca fuertemente. Respiración de fuelle, hace ruido característico con la garganta.)

GORDO. Con esos gruñidos no pondrá las cosas en claro. (Coge otra fritura, la va comiendo.) La receta en cuestión se compone de esto y de lo otro. Dígalo entonces.

FLACO. (Con perplejidad.) Lleva seso...

GORDO. (Llevando los ojos a lo alto.) ¡Lo que hay que soportar en esta vida! (Pausa.) Sesos... ¿Qué más?

FLACO. Sal... (Pausa larga.) Sal... (Pausa larga.) Aji y cebolla...

GORDO. Así que aji y cebolla... ¿Y por qué no también chocolate y panetela?

FLACO. Yo creía...

GORDO. Las falsas creencias llevan al desastre. Veo que su fritura, adoptando la forma de un cohete balístico, se aleja de la Tierra a velocidades supersónicas.

FLACO. Deme otro chance.

GORDO. Concedido. Olvidados el aji y la cebolla. (Pausa.) Prosiga.

FLACO. Manteca...

GORDO. ¿En qué proporción?

FLACO. Un cucharón.

GORDO. Un cucharón no explica nada. Diga si media libra, si una.

FLACO. Una libra.

GORDO. (Riendo a carcajadas.) ¡Una libra! Pues comeríamos frituras de manteca. (Hace un gesto de asco.) ¡Por favor! Mejor será que no prosigamos. Me caerá mal el almuerzo.

FLACO. (Implorante.) Viejo, no te pongas así... Es que me falla la memoria. (Pausa.) Te juro que conozco esa receta. He sido cocinero en el Vedado. La señora lloró cuando me fui de la casa.

GORDO. (Siguiendo la mentira, al mismo tiempo que pincha otra fritura.) Perder un buen cocinero es como perder un ser querido. Comprendo el desasosiego, el dolor, y hasta diría la angustia, de esa señora del Vedado. No se encuentra así como así un buen cocinero al doblar de la esquina... (Pausa.) Y por descontado, ya me imagino las exquisitas frituras de seso que harías en esa casa. (Pausa.) Bah... Digo lo de las frituras porque están sobre el tapete, pero no dudo que platos mejores que ése, platos más elaborados, ya cocinaría usted. Por ejemplo, *Suprême de Poulet a la Villeroi* o *Crêpes Suzettes*... (Pausa.) A propósito, ¿quiere darme la receta de ese pollo a la Villeroi?

FLACO. (Nervioso en extremo, vuelca el salero.) ¿Cómo dice?

GORDO. (Se santigua.) ¿Qué hace? Volcar sal en la mesa trae mala suerte. Hasta puede provocar retortijones de estómago. (Coge un puñadito de sal y lo echa por encima de su hombro izquierdo.) He dicho «Pollo a la Villeroi».

FLACO. (Como si no oyera.) Las frituras de seso llevan también...

GORDO. (Pinchando la última fritura, al mismo tiempo que hace un gesto de soberano aburrimento.) ¡Basta! Demos esa receta al olvido. Todo esto resulta bien aburrido. (Pausa.) Por otra parte, acabo de comerme la última fritura. No tendría sentido proseguir hablando de sesos. Felizmente, ya están en mi barriga. (Se toca la barriga.) Aquí, sesos de un cerebro en mi barriga. (Pausa.) ¿Y qué hace que no come su harina?

El Flaco, sin contestar a la pregunta del Gordo, se pone automáticamente a comer la harina. Lo hace con profundo desgano.

GORDO. Por su manera de llevar la cuchara a la boca, cualquiera juraría que está usted tragando un alimento en mal estado. (Pausa.) Sin embargo, la harina es un alimento noble. A su llegada a México, Cortés...

FLACO. (Furioso, lo interrumpe.) No digas tanta basura. (Pausa.) Si es tan rica como dices, ¿por qué no me das tu arroz con pollo? Come, bobo, cómete mi harina. ¡Bandido!

GORDO. (Limpiándose la boca con gran afectación.) Bueno, me lo temía. Ya llegamos al insulto personal. (Pausa.) Tonto de mí, esto me ocurre por mis buenos sentimientos. (Pausa.) Cria cuervos... ¡Y yo que tenía decidido ofrecerte la molleja! (Pausa.) Dame ese calificativo, a mí, que nunca he asaltado el bolsillo ajeno, que doy limosna a diestra y siniestra. (Pausa.) Me siento tan conmovido que no sé si podré «entrarle» al pollo. ¡Dios mío, qué palabreja se me ha escapado! Pero en estos tiempos que corren...

FLACO. Repugnancia con el dulce. A otro perro con ese hueso. (Pausa. Toca la cazuela.) Se está enfriando. Acaba de comerte tu arroz con pollo, pero no te olvides de darme la molleja. Y si gustas, puedes añadir el encuentro, y también los menudos...

GORDO. (Tomando la cazuela por debajo con ambas manos y haciendo como que la ofrece al Flaco.) Eso es: el encuentro, los menudos, los dos muslos, la pechuga y las alas. Y por supuesto, el arroz, los petitpous y los pimientos.

FLACO. No pido tanto.

GORDO. (Chasqueando los dedos.) ¡Tengo una idea!

FLACO. Usted verá..., tus ideas paran siempre en que yo tengo que apretarme la barriga.

GORDO. A lo mejor no; a lo mejor se come el pollo. (Pausa.) Siga con la harina. Entretanto, voy a madurar mi plan.

El Gordo hace que medita, el Flaco hace que come la harina. El Gordo toma un poco de cerveza. El Flaco, creyendo que el Gordo no lo verá, intenta meter la mano en la cazuela, pero el Gordo lo ve y le da un manotazo.

GORDO. (Mete la mano en el bolsillo superior del saco del pijama y saca un papel, le echa un vistazo, vuelve a meter la billetera en el bolsillo, toma otro trago de cerveza, se limpia la boca con la servilleta. Todos estos movimientos serán ejecutados con gran parsimonia.) No sé si usted está enterado que en las grandes comidas es costumbre que una pequeña orquesta ejecute una música de circunstancia, en tono de sordina, para distracción de los comensales.

FLACO. Yo no soy músico. Ni las mismas claves sé tocar.

GORDO. Si lo dejaran hablar a uno. Esa mala costumbre que tiene la gente de interrumpir el discurso... (Pausa.) ¿Puedo continuar? Bien. Decía... Supongo que habrá entendido. ¿Estamos? Pues mi idea es la siguiente: como la única música que pueden tolerar mis oídos es la música comestible, se me ha ocurrido que a medida que yo vaya comiendo el arroz con pollo, usted deleite mis oídos con la lectura de la receta para la confección de dicho plato. Tenga, aquí la tiene. (Le entrega el papel al Flaco.)

FLACO. (Pasando la vista por el papel.) Es más larga que una novela. Es mucha lectura para una sola molleja. Dame un poco de arroz.

GORDO. Veremos. Todo dependerá de la ejecución. Le advierto desde ahora que tengo un oído educadísimo para la música comestible. (Pausa.) ¿Quiere empezar, por favor?

FLACO. Antes pon la molleja aparte.

GORDO. Concedido. (Pone la molleja en el plato antes ocupado por las frituras.)

FLACO. ¿Y el arroz?

GORDO. El arroz es condicional. Ejecución brillante: arroz. Ejecución discreta: molleja. Ejecución mediocre: nada. Adelante.

FLACO. (Respirando hondo.) Arroz con pollo para seis raciones.

GORDO. (Con la boca llena.) Hermoso título. Es todo un poema. Prosiga. FLACO. (Leyendo.) A. Pollo: El pollo puede comprarse vivo, tamaño de dos libras y cuarto o preferi... (Al Gordo.) No sé qué dice aquí.

GORDO. (Toma el papel.) Preferiblemente. (Se lo devuelve.)

FLACO. O preferi... blemente en presas y limpio. En este caso se debe comprar una libra y media de presas de un tamaño adecuado para que se incluyan seis presas en este peso.

GORDO. (Atacando un muslo.) Cada cual que haga como mejor le parezca, pero yo tengo por norma comprar el pollo ya matado y en presas. Es algo bien desagradable retorcer el pescuezo a un pollo. Prosiga.

FLACO. B. Adobo: Dos granos de pimienta, una cucharadita de orégano seco, un diente mediano de ajo, tres cucharaditas...

GORDO. (Lo interrumpe.) Para su buen gobierno le diré que está leyendo el epígrafe «Adobo», que es sublime, con una entonación de lo más falsa. Fíjese que este epígrafe viene a ser como el color en la orquesta. Se requiere mayor animación. Empiece de nuevo con el adobo.

FLACO. (Suspirando, reinicia la lectura.) Dos granos de pimienta...

GORDO. ¡Alto, alto casi cantando!

FLACO. (*Cantando del todo.*) Dos granos de pimienta...
 GORDO. Mejor será que lea. Mis tripas rechinarían si usted siguiera cantando.

FLACO. Dos granos de pimienta, una cucharadita de orégano seco, un diente mediano de ajo, tres cucharaditas de sal, dos cucharaditas de aceite de oliva, una cucharadita de vinagre.

GORDO. Hijo mío, no ha tenido suerte con el adobo. Veamos cómo se las arregla con el sofrito. Lo escucho. (*Empieza a devorar la pechuga.*)

FLACO. C. Sofrito: Tres cucharadas de manteca, una onza de tocino, dos onzas de jamón de cocinar, una cebolla mediana...

GORDO. (*Lo interrumpe.*) Me parece que a este arroz con pollo no le han puesto jamón de cocinar. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Si el ojo del amo no engorda el caballo...! (*Pausa.*) Sigo escuchando su interesante relato.

FLACO. (*Leyendo.*) Un pimiento verde, fresco, un tomate, un ají dulce, una hoja de culantro, dos ramitas de culantrillo...

GORDO. (*Llevando las manos a la cabeza.*) ¡Culantrillo y culantrillo! A dónde iremos a parar... Cada vez que copio esa receta, me olvido de borrar del mapa el culantro y el culantrillo.

FLACO. (*Con timidez.*) ¿Culantrillo es la misma cosa que cilantro?

GORDO. ¡Pues claro que es la misma cosa! Sólo que las mujeres, los niños y los ancianos dicen cilantro, y los hombres, culantro.

FLACO. ¿Y por qué?

GORDO. Si quiere ser felice no analice... (*Pausa.*) Déjelo ahí. Continúe.

FLACO. (*Leyendo.*) Seis aceitunas, una cucharadita de alcaparras, tres cucharadas de salsa de tomate.

GORDO. (*Terminando de tragar un bocado.*) Lectura detestable. Veo su molleja en el pico del aura... (*Pausa.*) Oigamos el tercer movimiento de la sinfonia en Pollo Mayor.

FLACO. Si tan mal lo hago, ¿para qué seguir? Casi me estoy desmayando.

GORDO. Hagamos un entreacto. Para reponer fuerzas coma un poco de la harina. Los indios mexicanos...

FLACO. (*Lo interrumpe.*) Prefiero acabar de un tirón. No veo las santas horas de entrarle a la molleja y al arroz.

GORDO. (*Siempre comiendo.*) Como guste. Recuerde que el arroz es condicional. Además, no se haga muchas ilusiones. (*Pausa.*) ¿Quiere que le cuente la fábula de la lechera? Una lechera fue con su cántaro al mercado...

FLACO. (*Poniendo su mano en la boca del Gordo.*) No, no me la cuentes. Prefiero seguir leyendo.

GORDO. Como guste, pero le advierto que es una fábula maravillosa, con moraleja y todo. (*Pausa.*) ¡Qué le vamos a hacer...! Prosigua con el tercer movimiento.

FLACO. (*Leyendo.*) D. Método. Una lata de *petitpois*.

GORDO. Lea bien su pentagrama. Eso no es método, eso es ingredientes.

FLACO. Me salté de línea. Cualquiera con la debilidad que yo tengo...

GORDO. (*Moviendo la cabeza.*) No salgo de mi asombro. Así que se siente débil... (*Pausa.*) Pero, hijo mío, todo el mundo se alimenta. Y hay horas para ello. Por ejemplo, como esta del almuerzo. Mire, a esta hora yo almuerzo porque está sobrentendido que habiendo tomado mi desayuno a las ocho de la mañana, ya a las doce me sienta débil. Pero usted no, usted se debilita. ¿Por qué? No logro explicármelo. A lo mejor quiere pasar por original. Allá usted. (*Pausa.*) ¿Sería tan amable de proseguir la lectura?

FLACO. (*Leyendo.*) Método: Ponga un caldero grande al fuego. Agréguele las tres cucharadas de manteca. Tan pronto la manteca esté derretida, agréguele el tocino y jamón incluidos en C. Dórelos a fuego alto alrededor de cuatro minutos. Agregue las presas de pollo y dórelas por ambos lados.

GORDO. ¡Hmmm! ¡Qué rico huele todo eso! ¡Siga, siga! Ese arroz con pollo va a quedar de rechupete.

FLACO. (*Leyendo.*) Baje el fuego a moderado y agregue lo siguiente: La cebolla lavada y partida en pequeños pedazos. El pimiento verde lavado, sin semillas y partido en cuatro. El ají dulce, lavado sin semillas y partido en dos. El tomate, lavado y partido en cuatro. La hoja de culantro y las ramitas de culantrillo, lavadas y partidas en cuatro. Las seis aceitunas. La cucharadita de alcaparras.

GORDO. (*Saltando en la silla.*) ¡Bravo, bravo! Es tan excitante como una película pornográfica. (*Coge un poco de arroz con el tenedor. Al Flaco.*) Abra la boca...

El Flaco abre la boca.

GORDO. (*Mettiendo el tenedor con arroz en la boca del Flaco.*) Se lo ha ganado. Eso es lo que se dice un pasaje bien interpretado. Ahora prosiga.

El Flaco sigue con la boca abierta.

GORDO. (*Le cierra la boca al Flaco.*) Lea bien y ya veremos si le doy otro bocado.

FLACO. (*Leyendo.*) Mientras la cebolla se amortigua, muévase todo durante diez minutos. Entretanto, abra la lata de *petitpois*, escúrrala y

mida el líquido escurrido. Complete con agua hasta medir cuatro tazas. Ponga a calentar mucho líquido. *(El Flaco abre la boca.)*

GORDO. No se haga el gracioso. Amén de que ha leído detestablemente ese pasaje, no estoy aquí para darle su sopita... Mi paciencia tiene un límite. Está visto que ciertos extremos no pueden tenerse con toda clase de gente. *(Pausa.)* Cierre esa boca y prosiga la lectura.

FLACO. *(Suspira hondo, prosigue leyendo.)* Coloque las dos tazas y cuarto de arroz sobre un colador grande y rápidamente lávelo. Escúrralo bien y póngalo en el caldero. Ponga el fuego alto, deje el caldero sin tapar, no lo revuelva y deje que el arroz se seque, lo cual tardará alrededor de quince minutos.

GORDO. Mi tía Mariana tapaba el caldero, y mi abuelita le ponía encima dos o tres brasas.

FLACO. Aquí no dice eso.

GORDO. Usted es desesperante, sencillamente desesperante. Cómo rayos pretende que mi tía Mariana y mi abuelita aparezcan en una receta de cocina. Mi abuelita murió hace sus buenos treinta años, y la tía Mariana se fue de este valle de lágrimas ya va para diez años.

FLACO. *(Confundido.)* Yo creía...

GORDO. ¡Yo creía, yo creía! Siempre con las falsas creencias. Por eso el mundo está como está. Una cosa es con violín y otra con guitarra... *(Pausa.)* ¿Cuándo murió su abuela?

FLACO. Mi abuela está viva.

GORDO. *(Alzando los brazos sobre la cabeza.)* ¡El colmo de los colmos! De modo que su abuela está viva. Es lo que me faltaba, que su abuela estuviera viva...

FLACO. *(Asombrado.)* Pero, ¿por qué?

GORDO. ¿Por qué, por qué? ¿Pues quién ha visto que las abuelas tengan que estar vivas? Ya ve usted: el breve intermedio que íbamos a tener hablando de nuestras respectivas abuelas —muertas, por supuesto— se malogra, porque a su abuelita se le ha metido entre ceja y ceja permanecer en el mundo de los vivos. *(Pausa.)* Con esos truenos no se me va a ocurrir preguntarle por la tía. Me esperaba una sorpresa bien desagradable. *(Pausa.)* Será mejor que prosigamos la lectura. *(Se pasa la mano por la frente, la lleva al corazón.)* ¡Estos disgustos me afectan tanto! Ya tengo palpitaciones. *(Pausa.)* Terminemos de una vez por todas.

FLACO. Si te sientes mal...

GORDO. *(Atajándolo.)* No es para tanto. Además, tengo un alto sentido del deber. Si las cosas se empiezan, las cosas deben terminarse. *(Pausa.)* Acabemos de una vez por todas.

FLACO. *(Mirándolo atentamente.)* Estás tan gordo. Dicen que cuando hay mucha grasa, el corazón...

GORDO. *(Lo interrumpe.)* Cuide su corazón, que yo cuidaré el mío. Por otra parte, si usted sigue con el jueguito de volar turnos, ese corazoncito que tiene en el pecho le jugará una mala pasada. *(Pausa.)* Lea.

FLACO. *(Leyendo.)* Tan pronto el arroz seque, ponga el fuego bajo, cambie de posición el arroz haciendo que el que estaba abajo quede arriba y viceversa. Esto se hace introduciendo una cuchara de cocinar por los lados del caldero y volteando el arroz. *(Mira la cazuela.)* Ya casi no queda arroz en la cazuela.

GORDO. *(Se sirve dos o tres cucharadas que quedan en la cazuela.)* Nadie se lo ha preguntado. Mire su receta, que yo miraré mi cazuela. *(Pausa.)* ¿Le falta mucho a su pollo?

FLACO. Falta poco.

GORDO. ¡Ay! Todo termina en esta vida. *(Pausa.)* Su receta, mi arroz, estos bellos días hospitalarios...

FLACO. ¡Su abuela! Aquí me matan de hambre.

GORDO. Porque usted se empeña. *(Pausa.)* Además, es asunto de usted. Pero aparte de su caso —y una golondrina no hace verano—, siempre tendré presentes en mi memoria los días pasados en este hospital. Comer, dormir, conversar... Es como un viaje en un trasatlántico de lujo. *(Pausa.)* Y ahora, terminemos de una vez por todas con la lectura de esa receta.

FLACO. *(Leyendo.)* Tape el caldero y cueza de veinte a veinticinco minutos. Destape el caldero, agregue los *petit pois* escurridos y mézclelos con el arroz.

GORDO. ...Y mézclelos con el arroz. Es eso lo que llamo estupideces de las recetas. Se cae de su peso que los *petit pois* se mezclan con el arroz. *(Pausa.)* Termine, por favor.

FLACO. *(Leyendo.)* Sirva el arroz inmediatamente en una fuente rodeado de las presas de pollo y adórmelo con pimientos morrones calientes y bien escurridos.

A medida que el Flaco da lectura al párrafo inicial, el Gordo se mete en la boca la última cucharada de arroz y acto seguido pincha la molleja y también se la come.

FLACO. ¿Pero qué haces...? ¿Y mi molleja?

GORDO. *(Casi sin poder articular por la cantidad de comida que tiene en al boca.)* La... mo... La... mo... *(Risas.)* La molle... *(Nuevas risas.)* Ja... Ja... *(Lanza granos de arroz de la boca.)* La molleja... ¡Ja, ja, ja!

FLACO. (*Perdiendo los estribos se levanta e increpa al Gordo.*) ¡Hijo de yegua! Te voy a sacar la molleja de la barriga. Ojalá te dé un cólico. GORDO. (*Muy serio.*) Volvemos al insulto personal. (*Pausa.*) Escuche, caballero: no es mi culpa si usted no sabe leer, como Dios manda, una receta de cocina. ¿Quiere que le diga la verdad? Parecía estar leyendo una receta de cocina china. No entendí nada de nada. Y ahora viene reclamando derechos, que si la molleja, que si el cólico. Para colmo, el insulto personal. (*Pausa.*) Hemos terminado. La culpa es mía por tratar a desconocidos. (*Pausa.*) Sepa que jamás volverá a sentarse a mi mesa. (*Empieza a caminar hacia la cama.*) Ahora, a dormir el sueño del justo. Que no me despierten hasta las seis. (*Se echa en la cama boca arriba y cierra los ojos.*)

FLACO. Esto me pasa por comerle. (*Camina hacia la cama del Gordo y se pone a mirarlo atentamente, después va hacia su cama, se acuesta con las manos detrás de la cabeza, suspira.*) Parece un puerco cebado...

TELÓN

Una vez que el telón se ha bajado, se escuchará, cantada, la siguiente cuarteta:

*Aunque el mundo sea redondo
Y Juan no se llame Paco,
Es indudable que al Gordo
Siempre se lo come el Flaco.
(tres veces)*

Inmediatamente se levanta el Telón.

ESCENA II

Aparece el Flaco (ahora convertido en Gordo), sentado a la mesa chupando golosamente una tibia humana. Desparrramados por el suelo, delante de la mesa, se ven los huesos de un esqueleto. El Flaco tiene bajo su pie derecho la calavera de dicho esqueleto. Sobre la mesa se verán los pedazos de yeso y vendajes del brazo del Gordo.

FLACO. (*Con afectación, tirando al suelo la tibia.*) ¡Qué banquetazo! (*Se pasa la mano por la barriga.*) ¡Oh, perdonen la expresión, pero con los tiempos que corren...! (*Pausa.*) Me expresaré cultamente: un banquete a lo Enrique Octavo... (*Pausa.*) ¿Quiéren saber cómo lo hice? Pues el Gordo se durmió con un sueño de piedra. Imagínense: el arroz con pollo, las frituras, la molleja... Le hice un agujerito

con el cuchillo y se fue desangrando. Entonces lo corté en pedazos y me lo fui comiendo poco a poco. (*Pausa.*) Me supo a faisán. (*Pausa.*) Se mete la mano en el bolsillo del pijama, saca la billetera, se pone a contar el dinero.) Cuatro de veinte, cinco de diez, cuatro de cinco, un peso. Total: ciento cincuenta y un pesos. (*Pausa.*) Bueno, esta tarde me darán el alta. (*Como hablando con el Gordo.*) Gordo, si pudieras verme... ¿Dónde estarás en estos momentos? (*Pausa.*) Pero, ¿dónde vas a estar sino en mi barriga? Aquí. (*Se toca de nuevo la barriga.*) Bien cuidadito... Dentro de mi barriguita no podrás romperte el bracito... (*Rompe a reír estrepitosamente.*)

Entra el Sirviente con la servilleta al brazo, un block para anotar y lápiz en la oreja.

SIRVIENTE. (*Inclinándose.*) Señor, las doce pasadas. ¿Qué almorzamos hoy? (*Pausa, lo mira asombrado.*) Pero..., ¿usted es el Gordo? No, usted no es el Gordo. (*Pausa.*) Sin embargo, es su mismo pijama. Juraría que usted es el Gordo, pero... (*Pausa.*) Señor, ¿usted es el Gordo?

FLACO. (*Mirándose el pijama.*) Bueno, yo soy ahora el Gordo.

SIRVIENTE. ¿Pero el mismo Gordo?

GORDO. Qué más da... (*Pausa.*) Como su asunto es la propina, voy a tranquilizarlo. (*Saca la billetera, toma un peso y se lo da al Sirviente.*) Para usted. (*Pausa.*) En cuanto al almuerzo, le diré que no tengo apetito. (*Pausa.*) Además, me marchó esta tarde.

SIRVIENTE. (*Pensativo.*) Gracias, señor. (*Pausa.*) Ya veo que no es usted el Gordo. Pero si usted no es el Gordo, ¿dónde se metió el Gordo?

FLACO. ¡Siempre los eternos malentendidos! ¡Y qué sé yo! ¿Soy acaso el detective del hospital? Soy nada más que un enfermo que sufre la fractura de su pierna derecha. (*Se levanta la pata del pantalón y enseña al Sirviente la pierna enyesada.*)

SIRVIENTE. (*Asombrado.*) Pero, entonces... Usted es el Flaco. ¿Y cómo engordó de la noche a la mañana?

FLACO. ¡Vaya usted a saber! Ayer uno estaba flaco, hoy está gordo. Misterios, amigo mío, misterios... Unos engordan con azúcar prieta, a otros les basta el aire que respiran...

SIRVIENTE. Pero tan pronto... (*Pausa.*) Además, ese es el pijama del Gordo. ¡Caramba! Le viene que ni pintado.

FLACO. En efecto, es el pijama del Gordo. ¿Y qué tiene? Cuando desperté hoy por la mañana vi su cama vacía, y encima de la cama estaba el pijama. Me entraron unas ganas locas de ponérmelo. Pues me lo puse.

SIRVIENTE. Y la cartera, ¿también la dejó sobre la cama?

FLACO. También la cartera. Si acaso volviera le devolveré la cartera y el pijama. Aunque con estos gordos nunca se sabe del todo... Les da por evaporarse.

SIRVIENTE. ¿Usted hará lo mismo, no?

FLACO. Pero diré «hasta luego». Odio las despedidas a la inglesa. Esta tarde a las cinco repartiré abrazos y sonrisas.

En ese mismo momento entra el Médico.

MÉDICO. *(Llegando donde el Flaco.)* Veamos ese brazo.

FLACO. *(Mostrando el brazo.)* Acá lo tiene.

MÉDICO. Ése no, el fracturado.

FLACO. *(Mostrando el otro brazo.)* Acá lo tiene.

MÉDICO. ¿Pero usted no tenía un brazo fracturado?

FLACO. No, la pierna.

MÉDICO. ¡Cierto! La pierna. Perdone, tengo tan mala memoria. *(Pausa, examina la pierna, le da golpecitos al yeso.)* Quince días más.

FLACO. Pero...

MÉDICO. *(Terminante.)* No hay pero que valga. He dicho quince días más. *(Pausa.)* Hasta luego. *(Sale.)*

FLACO. *(Llevando las manos a la cabeza.)* Este médico es un veterinario. Me trata como si fuera un caballo. *(Pausa.)* Se figura que mi vida es estar aquí en el pesebre, comiendo y durmiendo. *(Pausa.)* ¡Soy un hombre de negocios! ¡La Bolsa, las acciones, los dividendos! *(Oculta la cara entre las manos.)*

SIRVIENTE. Vamos, señor, no es para tanto. Acá en el hospital se la pasa bien. Además, usted tiene el dinero del Gordo. Y si, como dice, el Gordo se ha evaporado, entonces, ¿qué le importan quince días más aquí, bien alimentado y mejor atendido? Porque yo, señor..., estoy a sus órdenes.

FLACO. ¡Vete al diablo! *(Hablando para sí con la cara ladeada.)* Terminarán por descubrir el pastel. Y no de pollo precisamente...

SIRVIENTE. Señor, no se angustie. La Bolsa sube y baja como los gordos y los flacos.

FLACO. ¿Te quieres callar? *(Pausa.)* Tengo que buscar una salida... El pastel, el pastel...

SIRVIENTE. *(Solicito.)* ¿De qué lo quiere, señor? ¿De carne, de guayaba?

FLACO. *(Dando un puñetazo sobre la mesa.)* ¡Podrido, podrido!

SIRVIENTE. ¡Cálmese, señor! No se amargue la vida. Es tan corta... *(Pausa.)* Anímese, ahora mismo le traigo unos pastelitos de carne...

El Sirviente corre hacia la puerta, y al salir tropieza con un tipo, excesivamente flaco, que viste el pijama del hospital. Camina cojeando pues tiene la pierna derecha enyesada.

NUEVO FLACO. *(Timido.)* Me dijeron que es aquí.

SIRVIENTE. ¿Lo mandaron para este cuarto?

NUEVO FLACO. Me mandaron.

SIRVIENTE. Pues instálese. *(Pausa.)* Ahí tiene al Gordo. Trate de darle conversación. *(Sale.)*

NUEVO FLACO. *(Acercándose al Flaco, que está con la cabeza entre las manos.)* Señor...

FLACO. *(Levantando la vista hacia el Nuevo Flaco.)* ¿Quién es usted?

NUEVO FLACO. Me mandaron para acá. Mire, tengo la pierna enyesada. *(Se la muestra.)*

FLACO. *(Se levanta impetuosamente.)* ¡Pero no es posible! Es un malentendido; usted se ha equivocado de cuarto. *(Señala la cama del Gordo.)* Esa cama está ocupada por un enfermo, por un gordo. Ha salido un momento, pero regresará, yo se lo aseguro, regresará. *(Va hacia la puerta, vuelve sus pasos, mira atentamente al Nuevo Flaco, vuelve hacia la puerta, gritando.)* ¡Díganle que aquí no es! ¡Díganle que se equivocó! ¡No lo quiero conmigo, no lo quiero, no lo quiero! ¡Socorro, socorro! *(Cae sobre sus rodillas.)* ¡Socorro, socorro! *(Rompe en sollozos.)*

NUEVO FLACO. *(Haciendo el gesto característico de la incomprensión.)* No entiendo nada.